EL DIA

Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932

AÑO XXXVII — Nº 1815

Montevideo,
18 de febrero de 1968

palomas

Revestidas de prestigio milenario, las palomas se asocian a la niñez, para componer una candorosa viñeta alegórica, sin fijación en el tiempo ni el espacio.

(Fotografía de Eduardo Colombo)



Lo
supuesto

TEORICAMENTE la costa marina corresponde a
línea límite entre los dominios superficiales
mar y de la tierra. Pero en la práctica se trata de
límite indeciso y fluctuante, donde el encuentro
tres elementos tan dispares como el aire, el agua y
tierra, determina una gran variedad de acciones y
formas resultantes. Un día de fuerte viento, con
embravecido y violento, el dinamismo costero adqui
todo su esplendor, y la franja litoral se transforma
una escuela donde se enseñan en forma directa
leyes del modelado costero. Pero debido a las con
ciones mismas que determina un día de tempestad,
escuela suele estar vacía, pues los discípulos prefie
el calor y la tranquilidad de un abrigo o de un refu
seguro, y sólo se enteran a posteriori, por las huel
dejadas por la erosión o la sedimentación, por las
gas arrancadas del fondo, por los restos de la resa
etc., de lo que aconteció en la franja litoral.

Y como la geología y la geomorfología no s
ciencias estrictamente experimentales, sino princip
mente de observación directa, y siendo además l
procesos que estudian generalmente muy lentos (sal
algunos como los terremotos y erupciones volcánica
resulta difícil apreciar de un modo riguroso y exac
el real procesamiento de los hechos, debiéndose acu
con frecuencia a hipótesis y a reconstrucciones m
o menos imaginarias de los acontecimientos. Y de e
manera, debido a observaciones parciales o unilate
les, y a generalizaciones un tanto apresuradas, se h
dado a veces explicaciones poco convincentes de l
procesos naturales, las que sin un examen deteni
han sido luego repetidas por muchos, sin advertir
carácter falacioso de las mismas.

En relación a los procesos costeros, hechos tal
como el retroceso de los acantilados por la acción d
oleaje actuando en la base, y la creación de aren
litorales a partir de la abrasión o desgaste de las roc
costeras, han sido interpretados con cierta ligereza.

De acuerdo con la teoría clásica, las olas soc
vando el pie de los cantiles, durante los días de fuert
viento, y ayudándose de una metralla de cantos rod
dos, terminarían por destruir la base de apoyo prov
cando el derrumbe de los materiales integrantes d
acantilado, creando al mismo tiempo una platafor

Penitentes de arcillas arenosas modelados en las Barrancas de Mauricio por las aguas pluviales.



Ola de derrame barriendo el litoral de Punta Fría (Maldonado).

molinos del MAR



Barrancas de Mauricio (San José) sometidas a fenómenos de solifluccíón (flujo de materiales empapados por la lluvia).



Nido de hornero coronando torreones de arcillas modeladas.

de abrasión correspondiente a la franja arrasada por la acción de las olas. Puede advertirse sin mucho esfuerzo de imaginación que de esa manera gran parte de las porciones sedimentarias de los continentes habrían sido ya destruída y estarían marginadas por inmensas plataformas de abrasión, lo que en la realidad no se da, sino en una medida muy restringida.

Autores como Bourcart y otros, han puesto en duda incluso de que los acantilados sean realmente producto de la erosión marina, considerándolos como escarpas continentales alcanzadas por la acción marina. Pero dejando de lado esta posición extrema debemos decir que en el modelado de los acantilados, aparte de la acción de las olas que es espasmódica, intervienen factores importantes, como los deslizamientos de materiales ("landslides") provocados por aguas de infiltración, fenómenos de solifluccíón o flujo de materiales empapados en agua, acciones químicas y biológicas, etc. El modelado fluvial es siempre importante, sobre todo en las llamadas "barrancas litorales" y en los "acantilados fósiles", es decir no alcanzados actualmente por el oleaje. En nuestras "barrancas" de San Pedro (del departamento de Colonia) y en otros puntos de nuestro litoral existen cuevas, oquedades y "grutas" excavadas por la acción del oleaje; pero en general carecen en el conjunto de la evolución del litoral de la importancia que se acostumbra a atribuirles. Muchos quedarán sorprendidos tal vez, en saber que en el inmenso litoral costero del Brasil tropical, faltan prácticamente los cantos rodados, y mal podrían trabajar las olas en la base de los acantilados ametrallándolos con tales materiales; sin embargo, los cantiles se presentan enhiestos y desafiantes en el Cabo Branco, del Nordeste brasileño, y en muchos otros lugares.

Otra falacia, o por lo menos una posición exagerada, es la referente al origen de la arena de las playas, y en general de toda la arena litoral. Su origen se atribuye casi siempre al resultado del desgaste de las rocas al ser atacadas por el oleaje y los materiales que éste les proyecta. Ciertamente que el caso de areniscas costeras, el oleaje consigue con el tiempo desgranarlas y convertirlas en arena suelta. Pero tratándose de rocas eruptivas o de cuarcitas y otras rocas compactas y duras, el desgaste causado por las olas cargadas de pedregullo y arena sólo puede producir polvo muy fino y no arena; esto lo saben los pulidores, y todos aquellos que manejan abrasivos. Los granos de arena no pueden surgir por ese proceso, y menos la grava o los cantos rodados. Sin embargo, se habla con frecuencia de los "molinos del mar" y se hilvanan frases poéticas que desgraciadamente no tienen un fondo de verdad. En general la arena surge de las rocas tales como el granito, cuando éstas ya han sido preparadas por los procesos de alteración química y física, tendiendo a destruir los feldespatos y dejar libre el cuarzo. En ese estado de meteorización, llamado de "arenización" la ola consigue valiéndose de su golpe de ariete y la metralla que agita, extraer arena, la cual termina en general por tener al cuarzo como mineral predominante, pues los demás han sufrido una apreciable transformación química. Como ha afirmado Ottmann, geólogo que ha realizado recientemente estudios de los sedimentos platenses, "el mar es más un consumidor de arena que un productor de la misma".

El molino de las olas, agitado por el viento, trabaja ciertamente y muele; pero lo hace de un modo más complejo que el que se suponía hasta hace poco. Mucha arena del litoral platense procede de viejas arenas de las barrancas litorales areniscosas y de antiguos médanos alcanzados alguna vez por el oleaje; otro aporte es realizado a lo largo del litoral por la contribución de los ríos Paraná, Uruguay y otros menores, tratándose en este caso de arenas finas o limos. Y todavía, según Ottmann hay un aporte de origen oceánico, de arenas aportadas por el oleaje oblicuo y la llamada deriva litoral. De todas maneras no se puede negar que mucha arena proviene de rocas que están en proceso de arenización y que el oleaje ayuda con su dinamismo a desagregar, dando lugar a arenas, gravas y aún cantos de apreciable tamaño. El molino trabaja, pues, casi sin descanso; pero muele menos de lo que desgrana, y no se reduce tan sólo a la acción de las olas el complicado mecanismo que determina el modelado del litoral.

Jorge Chebataroff

(Especial para EL DIA)

(Fotos del autor)



La suave pendiente de las playas arenosas aplaza el ímpetu de las olas absorbiendo su exceso de energía (Las Garzas. Maldonado).



Ripple . marks (óndulas de arena) en una bajante de la playa del Sauce Chico (Colonia).



Pino Rojo (Secoya) gigante. California. (U.S.A.)

Se trata precisamente de plantar árboles

PLANTAR es un verbo que conjugamos muy poco los orientales, como no sea cuando damos o recibimos el clásico plantón de casi todos los días. Esto del empleo, del uso y del abuso o, al revés, de la ausencia de ciertos vocablos del acervo común, es fruta que puede dar mucho jugo apenas se la apriete un poco en busca de significaciones con que trazar los perfiles de la actualidad, esta actualidad que tiene a sus contemporáneos boquiabiertos y desorientados, sin saber a que atenerse, o a la espera de utópicos y providenciales milagros.

Nos contaba um amigo, que hace unas noches, en un espacio de los llamados polémicos de nuestra televisión, dejó de anotar, cansado ya, la palabra "problema" cuando iba por un número cercano a las trescientas repeticiones; de cerca le seguía "estructuras", y, más atrás, "planteo" y "a nivel". El tema debatido eran los "cantegriles" o "villas miserias".

Nuestro informante, en cambio, no recuerda haber oído, ni de manera alarmante, ni de manera normal, la palabra "amor", la palabra "trabajo", la palabra "caridad", la palabra "educación". "Solución" dice que sí, que la oyó, incluso varias veces, pero con esto de los ruidos del aparato no sabe a ciencia cierta a qué se referían: tal vez se nombró sólo la palabra, dejando el contenido para el próximo número, como en las historietas, vaya uno a saber. También otras palabras escasamente pronunciadas, tales como oficio, vocación, indolencia, tolerancia, represión, haraganería, cárcel, justicia, etc., fueron revestidas no muy a cuento o en acepciones tan particulares, que nuestro amigo se encontró de golpe con el diccionario de la Real Academia en la mano tratando de enterarse de los nuevos significados, porque no es cosa de andar atrasado de noticias, sintiéndose, como él dice, un tipo antiguo o *démodé*, sin haber aún cumplido los cuarenta.

Volviendo a lo de plantar, digamos que en esto no hay metáfora y que se trata, precisamente, de plantar árboles. Y de plantarlos aquí, en el Uruguay y a un ritmo que compense el no haberlos plantado nunca. En cuanto a la cantidad, cabe, por analogía, la receta que nos diera Ruperto Echeverriarza para preparar la liebre en salsa de vino tinto y cebolla: "Cuando creas que se te ha ido la mano en la cebolla, vuelve a picar exactamente otro tanto".

Conocemos la enfermedad del país, conocemos uno de los remedios, ¿se puede saber qué estamos esperando para curar al enfermo? Y aquí no se trata de echar a las tres cuartas partes de los empleados públicos a la calle, ni de cerrar tales y cuales industrias, ni de crear nuevos impuestos, ni de suprimir este o ese servicio... Aquí se trata de aprovechar la tierra que no es apta para la explotación agropecuaria corriente, de solucionar la desocupación, de evitar la erogación de divisas, de autoabastecerse y exportar. Como se ve, un horizonte dorado y promisor, casi como el que se pinta en los discursos preelectorales, pero, a diferencia, de estos, todo aquí es probable, realizable, sobran los ejemplos alentadores, las inversiones son mínimas, los resultados son máximos, la técnica es sencilla, la demanda permanente... Claro que —y ahí estaría la mala palabra— hay que trabajar. Y luego, como en todo, esperar; pero no tanto: el tiempo, ese molino de siglos, corre de manera especial y acelerada para ciertas variedades de plantas que aquí en nuestra tierra alcanzan su desarrollo en breve plazo, mientras que en los países de que son oriundas necesitan, para llegar a idéntica conformación, un número mucho más elevado de años.

Tenemos la tierra —por ahora nos sobra y está regalada, si comparamos el valor de quinientas hectáreas, a cien kilómetros de Montevideo, con el precio de un automóvil, por ejemplo—, que es lo fundamental, y una óptima y probada relación de las especies con el medio; nos falta madera, celulosa, papel, y para conseguir estos rubros indispensables se nos van muchos millones de dólares todos los años; nos sobra mano de obra; nos hacen falta divisas, es decir, exportaciones, y la Argentina, que invierte —otro contrasentido tan inexplicable como el nuestro— alrededor de cuatrocientos millones de dólares al año en compras de madera y derivados, absorbería todo cuanto nosotros lográramos producir; tenemos viveros y técnicos en forestación, caminos, puertos y, sobre todo, distancias limitadas que no deberían gravitar en los costos si se pusiera en su lugar al transporte y se aproximaran las industrias a las fuentes de producción. No hay dudas: para este juego de faltas y sobras, de tener y no tener, es la forestación el supremo recurso, el gran equilibrio. Y si alguien lo duda, que se lo pregunte a los chilenos, que hasta hace no muchos años andaban en esta materia más o menos como nosotros y ahora presentan unos resultados que conmueven hasta las piedras: consecuencia lógica de un esfuerzo, de una política; incontrovertible demostración de las bondades de tirar todos para el mismo lado

Nos cuesta romper la inercia, este es un hecho. Después, creado el hábito, la moda, se procede por imitación y se establece la costumbre. Pero en las cosas de la tierra, como en todas las actividades humanas, antes que la semilla debe sembrarse el amor por ella. Aunque necesarias, poco han de valernos las leyes forestales si no se cuenta con el entusiasmo, la



Vivero de coníferas de la estancia de Loretani, en el valle de Calamuchita (Córdoba. Argentina).

Armando la jangada (Alto Paraná. — Misiones. Rpca. Argentina).

convicción y el oficio —oficio que adquiere forma superior cuando procede de una vocación— de todos los hombres que harán posible su aplicación y desarrollo. Un hombre convencido de las necesidades, ventajas y utilidades de la forestación y con *ganas* de plantar árboles, no necesita en rigor leyes especiales que le faciliten el trabajo. Si éstas existen, mejor que mejor: a nadie amarga un dulce. En cambio, para crear conciencia de esta urgente necesidad nacional, se impone, sí, una legislación auspiciadora, promotora y protectora, paralela a una labor educativa, clara y pertinaz, que ilustre y sacuda los ánimos, esos ánimos que en esta materia jamás pecaron de animados.

El árbol tiene implicaciones tan humanas, va tan pegado a la historia del hombre, que sin análisis psicológico de por medio, no atinamos a explicar su casi total ausencia en el paisaje de estos países. Las ventajas económicas —motor de iniciativas menos evidentes— de la forestación, son tantas y tan notables, que el hecho de que esto no se vea nos hace dudar del estado y fineza del olfato y la vista de nuestros compatriotas. Que seamos uno de los países con menos árboles del mundo, es una afirmación muy cierta, pero en la que no intervienen para nada la calidad de la tierra, su clima o posición geográfica. Las condiciones ecológicas respecto a una serie de especies aptas para madera y celulosa son insuperables, al punto, como ya se dijo, de poderse obtener rendimientos superiores a los que acusan los países productores del hemisferio Norte.

Nuestra manera de ser explica muchas cosas: el arrendatario no planta, porque, para qué, si el campo no es suyo; el propietario tampoco, porque no es cosa de facilitarle mejoras a un arrendatario que no paga la renta que el campo vale y al que no puede desalojar; el intendente también se abstiene porque no ha de ser él o su grupo quienes se beneficien con la sombra; y los que son dueños de la tierra y la explotan, no plantan en la medida que debieran hacerlo porque, como en el ahorro, siempre les parece tarde para empezar... En esta última categoría habría que considerar dos posiciones principales: la del propietario escaso de recursos, que no planta porque no puede invertir en lo que cree sea una inversión cara y a muy largo plazo; y la del terrateniente sin apremios económicos, que no lo hace porque no "sintiendo" el árbol tampoco necesita el negocio. Para ambos se justifica y se requiere la prédica aleccionadora que señaláramos más arriba. Sobre todo para ese tipo recalcitrante, al estilo de *Primitivo Larriera*, aquel fabuloso personaje de Yamandú Rodríguez que tomaba a deshonor y a cosas de gringo cualquier intento de roturación de la tierra. Así estamos en el campo: esperando que nos lleguen los tomates de Montevideo, y que vengan las papas del otro lado del mundo.



Pino Rojo de California (Secoya) abatido. Detalle del duramez luego de haber quitado la corteza y la albura.

Existen las excepciones, desde luego; pero las excepciones, en un alto porcentaje, han errado lamentablemente la puntería al elegir el tipo de árbol para sus plantaciones: por contagio y apresuramiento, seguramente, han insistido en el eucalipto como si este, y más atrás el pino marítimo, fueran las únicas variedades capaces de plantarse al por mayor y dar buenos resultados en cuanto a su desarrollo y aclimatación.

El eucalipto es leña, abrigo; da varejones y tijeras y, tratándolo, postes y columnas de relativa calidad; pero el eucalipto —nuestros eucaliptos— como madera es despreciable, resultando por lo mismo injustificada su plantación en gran escala.

Plantar, sí, y mucho —un millón, tal vez dos millones de hectáreas— pero no cualquier cosa y en cualquier lado. Nogales y robles; pinos blancos y cedros; fresnos y álamos; pinos dulces y paraísos; arces y plátanos; acacias blancas y acacias negras, todos caben bien dentro de nuestro paisaje porque nuestra tierra es ancha y hospitalaria, variada y capaz, como para que cada una de las especies que dejó allá lejos sus raíces, encuentre siempre un lugar donde poder sentirse como en su propia casa.

Según dicen, nuestra tierra tiene sólo un defecto: la distancia que la separa de nuestras manos, cosa que, por lo que se ve, es demasiado grande. No importa; ya nos iremos agachando; sobre todo cuando veamos claro que cada pozo, cada semilla, es una cuenta corriente que nos abre el tiempo para que giremos en el futuro nosotros o nuestros hijos. Al anzuelo hay que encarnarlo con el signo de la época, ¿no es así, amigo Sancho? Quizás nada más que por aquello de que *tripas llevan pies, que no pies tripas*...

El árbol no es ningún misterio, crece para arriba y para los costados, y todos los días un poquito más. Del negocio que supone forestar, no vamos a hablar aquí: hay en nuestro medio hombres y organizaciones que pueden demostrar con números, pruebas y ejemplos, esto que para nosotros es sin lugar a dudas la mejor inversión de capital. El Estado tiene que promocionar urgentemente y por todos los medios la idea, para que luego la actividad privada se lance convencida a realizarla.

Porque si plantar y esperar —acción y paciencia— configura una filosofía, y tal vez hasta una religión, corresponde entonces a los elegidos señalar el rumbo, imponer el ritmo a la andadura, predicar con el ejemplo.

Eduardo Martínez Rovira

(Especial para EL DIA)

Las Termas de Diocleciano

SI nuestros lectores quieren seguir acompañándonos en una brevísima excursión por Roma, recorreremos la amplia y moderna Vía Nazionale para desembocar en la Piazza dell'Esedra donde canta el agua de la Fuente de las Náyades frente a los restos de las Termas de Diocleciano.

Se recordará que Eugenio Viollet - Le - Duc, el famoso arquitecto francés del siglo pasado, afirmaba que "no puede entenderse el estilo arquitectónico de Roma sino observando los restos gigantescos que el tiempo ha despojado de toda decoración, descarnándolos hasta reducirlos al solo esqueleto orgánico".

Y, en efecto, tanto el carácter romano como la grandiosidad de los monumentos aparecen "al desnudo" en los arcos, en las bóvedas y en los mu colosales que el vandalismo de los civilizados, n que las injurias del tiempo, ha transformado ruinas.

Pero precisamente en estas ruinas, despojadas (embellecimiento de los mármoles preciosos y de l decoraciones deslumbrantes, resalta enérgica el alr romana en toda su fiereza y en sus gigantescas as raciones de universalidad.

Según Herbert Koch, todo el arte europeo l llegado a ser grande por la herencia que le lega Roma, porque las formas que Roma esparció en s vasto imperio son las que siguieron dominando, y l que, después de períodos de olvido, volvieron a surg a la luz y persistieron con todo vigor. Efigies c emperadores romanos, relieves triunfales romano sarcófagos, bustos y estatuas romanas constituyero la pura expresión de la antigüedad para los artista de la Edad Media y del Renacimiento. Y cuando s quiso aproximarse a los antiguos —termina diciend Herbert Koch— no se adoptaron las formas griega sino las romanas; considérese, por ejemplo, poeta como Dante, pensadores como Montaigne y Maquiavelo, emperadores como Federico II y artistas com Miguel Angel y Bernini.

Sin embargo, es fácil notar que tanto la Edac Media como el Renacimiento no fueron buenos continuadores de los romanos ni en la construcción d carreteras, cuya red cubría el vasto imperio romano ni en las Termas, cuyos restos aún admiramos; ni en los acueductos que hace veinte siglos distribuían en Roma dos mil trescientos diecinueve millones de litros de agua por día.

Estrabón, el historiador griego del siglo I a. C., escribía que "los romanos han cuidado en modo especial las cosas que los griegos han descuidado, como las carreteras, los acueductos y el saneamiento"; y agregaba que "es tanta el agua llevada a Roma por los acueductos que corre por la ciudad y por los canales subterráneos como un río".

Y en el siglo siguiente, Plinio el Antiguo decía que "si alguien hubiera considerado atentamente la abundancia de agua para el uso de los baños, de las piscinas, de las casas, de las huertas, de los jardines, de las villas, de los suburbios y del espacio que circunda las ciudades, abundancia debida a que se habían construido viaductos, horadado montañas y terraplenado valles, se habría convencido que nada era más digno de admiración en todo el mundo".

Grandes acueductos se construyeron en todas las provincias porque en las más pequeñas ciudades, y aun en los campamentos que vigilaban en las fronteras, había baños públicos. Algunos de estos antiguos

Termas de Diocleciano: reconstrucción. En el centro la gran sala del "Tepidarium"; hacia la derecha, el "Caldaroum" para los baños calientes; hacia la izquierda, el Frigidarium, gran piscina de seis mil metros cuadrados de superficie.



años romanos —como los de Pasha Ludscha en Asia ienor, y los de Kenchela en Argelia— continúan sándose; y muchos de los que acuden actualmente los baños, por ejemplo, de Vichy, Baden - Baden, ath, Wiesbaden, Achen, etc., tal vez desconocen que tilizan las mismas aguas de los baños que los romaos habían construido en Aquae Sextiae (Aix-le bains), n Aquae Cálidae (Vichy), en Aquae Aureliae (Baden Baden), en Aquae Graniae (Achen), en Aquae Malacae (Wiesbaden), en Aquae Solis (Bath), en Aquae 'annoniae (Baden, cerca de Viena).

Hace unos veinte siglos el agua llegaba a Roma ior once acueductos y era distribuida en quinientas uentes, ciento treinta juegos de agua y ciento setenta lepósitos para el uso domiciliario y para los novelientos baños públicos y las doce grandes termas.

Tanto en los baños públicos como en las termas —que también eran de uso público y gratuito— había iscinas, locales para baños de vapor y de agua caiente, una sala —que se llamaba **tepidarium**— para ɔreparar el organismo a la elevada temperatura del baño de vapor, y un local —que se llamaba **frigidarium**— para estimularlo con baños fríos.

Pero las termas se diferenciaban de los simples baños porque eran, además, lugares de esparcimiento dispuestos en grandiosos edificios prodigiosamente decorados donde había salas de conversación, bibliotecas, galerías de cuadros y de estatuas, gimnasios, pórticos, jardines y todas las dependencias que pudieran contribuir a procurar el goce intelectual y físico a un pueblo amante del lujo y del buen vivir.

Las oscuras murallas que aún se levantan como restos mutilados en las Termas de Caracalla y de Diocleciano indican la grandiosidad de esta clase de obras. Las Termas de Diocleciano cubrían una superficie de unas dieciséis hectáreas y son, por consiguiente, las más grandes que se han construido no sólo en Roma sino en el mundo.

Como es sabido, Diocleciano fue el último de la serie de los tres emperadores ilíricos, serie que había comenzado con Aureliano. La rudeza y austeridad de estos emperadores era proverbial: "tengo el oro para mis amigos y el hierro para mis enemigos", decía Aureliano después de sus victorias contra los bárbaros. Y es conocida la contestación que dio su sucesor, el emperador Probo —ilírico como Aureliano— a los embajadores persas durante la guerra que se libraba en Mesopotamia. Los emperadores persas habían ido a proponer la paz mediante una indemnización en oro que pagarían a Probo; encontraron al emperador en su pequeña tienda de campaña comiendo guisantes en una rústica escudilla. —"Si tenéis hambre —dijo Probo a los embajadores— comed en mi plato; si no, podéis iros. Y decid a vuestro rey que si no retira sus fuerzas de Mesopotamia dejaré su país como mi cabeza". Era calvo.

Diocleciano había sido campesino en su juventud, como lo había sido Probo, y fue elevado al trono después de los trastornos que siguieron a la muerte de este emperador. Perseguido por el odio de los adeptos a la religión cristiana cuando éstos estuvieron en condiciones de "hacer" la Historia, faltó la admiración de la posteridad a la memoria de Diocleciano, el emperador que dio todas sus energías a la gloria de la patria y cuyo mérito mayor es el haber detenido en casi dos siglos el fin del Imperio, tiempo necesario para cumplir su misión y trasmitirla a la posteridad.

Extendidas las fronteras, Diocleciano comprendió que la defensa de este enorme territorio que se extendía desde Escocia al Golfo Pérsico y desde el Atlántico al Mar Caspio exigía la división del poder; por eso asoció como colega a Maximiano, su antiguo compañero de armas. Los dos emperadores tomaron el título de **Augustos**, y nombraron dos "vice - emperadores": Constancio Cloro y Galerio que asumieron el título de **Césares** y debían sucederles en el trono. Después de lo cual, y de haber vencido a los persas, a los germanos y a los godos, Diocleciano abdicó y se retiró en la grandiosa residencia que había hecho construir en las cercanías de Salona, su ciudad natal en la Dalmacia.

El amable lector sabrá perdonar estas brevísimas disquisiciones históricas; el objeto ha sido recordar a un gran emperador y, al mismo tiempo recordar también que las termas que llevan el nombre de Diocleciano no fueron construidas por él sino, y en su honor, por Maximiano. Comenzadas en el año 302 d. C., fueron inauguradas en el año 305 —el mismo año que Diocleciano se retiró a la vida privada— por los nuevos emperadores Constancio Cloro y Galerio.

Y estas Termas eran tan grandes que la inmensa sala destinada a Tepidarium fue transformada por Miguel Angel, y más tarde por Vanvitelli, en la iglesia de Santa María degli Angeli; en otra parte de las mismas Termas, Miguel Angel construyó el Convento de los Cartujos que ahora es sede del Museo Nazionale Romano; otra gran sala circular fue transformada en la iglesia de San Bernardo; en otra se instaló el moderno Planetario, y la exedra —o sea el gran espacio circular en forma de segmento de círculo— es la actual Piazza dell'Esedra.

El depósito de agua, de unos dos cientos mil metros cúbicos de capacidad, destinado a alimentar las Termas, fue destruido a fines del siglo pasado para la construcción de la estación ferroviaria. El agua llegaba al depósito por el Acueducto del Aqua Martia que, después de un recorrido de noventa y dos kilómetros, entraba en la ciudad por la Porta Viminalis, la actual Porta San Lorenzo.

Ahora el agua Martia, esa agua "límpida y serena" que cantaba Marcial, alimenta la Fuente de las Náyades en la Piazza dell'Esedra. Y frente a las rojizas, severas y silenciosas murallas de las Termas de Diocleciano, el canto del agua que cae sobre los hermosos cuerpos juveniles de las bellas náyades de bronce parece elevar un himno a la vida que se renueva eternamente.

Ing. Enrique **CHIANCONE**

(Especial para EL DIA)



Vestíbulo de la iglesia de Santa María degli Angeli adaptada por Miguel Angel, y más tarde por **Vanvitelli, en el Tepidarium de las Termas de Diocleciano.**



Piazza dell'Essedra: la Fuente de las Náyades y los muros de las Termas de Diocleciano.

A cien años de la muerte del General Venancio Flores

MAÑANA se cumple cien años del asesinato del General Venancio Flores, una de las figuras de especial gravitación, no sólo en el escenario político nacional sino, también, en buena parte del continente sudamericano.

Hombre de acción, admirado y odiado como sólo pueden serlo los que tienen una fuerte y vigorosa personalidad, fue árbitro y dueño de los destinos del País cuando las divergencias separaban y dividían a quienes, desde años atrás, mantenían una lucha incesante en la que no se daba ni pedía cuartel.

La situación política posterior a la Guerra Grande

"Preciso es que los hombres de la Defensa recuerden lo que han sufrido y lo que sufrirán en caso de tener algún contraste las armas de la libertad" —decía la prensa unitaria de Buenos Aires en 1858—. "Preciso es recordar los quebrantos que ha sufrido la República, ocasionados por hombres que vendieron su patria a un tirano... *es preciso endurecer el corazón; a quienes guerra a muerte saben hacer, con guerra a muerte se les debe responder...*"

Tal era el clima de violencia en que se debatían, después de la paz de octubre, tanto los hombres de la Defensa como los del Cerrito.

No era de extrañar, pues, que, en este escenario de luchas y pasiones, avivado por el odio hacia el adversario y el desprecio por la propia vida, estuviera latente el recuerdo de Quinteros, la mayor afrenta que *"un gobierno mixto en el que dominaban los blancos"* pudo inferir a quienes integraron el Partido de la Defensa.

Así lo definió EL DIA en su edición del 15 de febrero de 1917, *"los blancos que abrazaron a Pereira, le arrancaron una firma y agitados por un solo sentimiento, la matanza del enemigo político, el exterminio del prisionero rendido, llegaron hasta el paso de Quinteros del Río Negro y realizaron la masacre, vibrando frenéticos como una danza de chacales en presencia de un festín de muerte..."*

La noble figura del General Flores, en el instante supremo, con la cara al sol, destacándose de aquel cuadro de muerte, sólo tuvo por compañero a un sacerdote. Cuadro de Blanes que se conserva en el Museo Histórico Nacional.



Los manes de Quinteros

Sublime fue la actitud que los prisioneros asumieron ante la muerte inevitable.

"Cuando nos arrojamos a la revolución, vinimos a triunfar o a ser vencidos" —dijo el Coronel Caballero, despidiéndose del General César Díaz— *"...es preciso saber morir. Deseo que esta sangre que va a derramarse sirva realmente para la verdadera unión de los orientales..."* Aún añadió: *"Si supiera que mi sangre habría de redimir a mi patria, moriría contento; pero si cae al suelo por el capricho de un hombre o de un partido, del suelo la han de recoger mis hijos algún día..."*

El presagio parecía cumplirse. A la hecatombe de Quinteros siguió la Cruzada Libertadora encabezada por el General Flores. A la caída de Paysandú, otros sucesos llevaron a los antagonistas a firmar la paz del 20 de febrero de 1865. Al día siguiente, Flores hizo su entrada triunfal en Montevideo. Tres años después, nuevamente el odio y el rencor habrían de derramar la sangre de los caudillos. Esta vez, *"en la benemérita persona del Brigadier General don Venancio Flores"*, y en la de su implacable enemigo.

Prolegómenos de la tragedia

El odio acumulado en el partido blanco; sus divergencias internas, como también la división del Partido Colorado entre Floristas y Conservadores, precipitaron la revolución que se venía incubando.

Las circunstancias favorecieron la sedición. A mediados de 1867, se había intentado volar el Fuerte, entonces sede del gobierno, mediante una carga de pólvora que haría explosión en una casa que daba frente al despacho presidencial.

Como se atribuyera el hecho a los conservadores instigados por el General Goyo Suárez, se expresó en un manifiesto público: *"que la maldad y la ingratitud de esos desnaturalizados que han proyectado tan infame crimen, no confunda al partido de la libertad y a los leales servidores del Gobierno"*.

A ello contestó Flores: "El gobierno provisorio sin arredrarse ante intentos criminales, ni ante los obstáculos que pueda encontrar aun en su camino, *mantendrá con mano firme y decidida el sagrado depósito que le ha sido confiado, hasta que restaurados los poderes constitucionales haga ante ellos entrega del mandato que hoy ejerzo...*"

En esa forma se iba gestando en algunos sectores el odio contra Flores, que era para muchos el caudillo indiscutible; el que más méritos ostentaba para regir los destinos de la República.

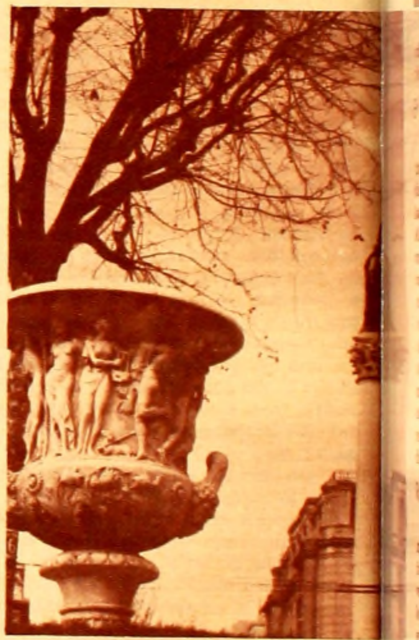
Triunfó el odio; el odio que terminaría con su vida el 19 de febrero de 1868.

Versión de su muerte

Creo interesante, desde el punto de vista histórico, reproducir la narración que del hecho hiciera don Antonio M. Marques, testigo presencial, merecedor de fe, por cuanto acompañaba al General Flores en el momento de ser atacado.

Firmada la paz en la Unión que
"Cruzada Libertadora", iniciada el 19 de abril
su entrada triunfal en Montevideo el 21 d
(Cuadro de Valenzani. Museo Históric

Abajo: "Columna de la Paz", obra del escultor
el 20 de febrero de 1867 para "conmemora
de símbolo a la concordia nacional. La figur
presenta a la República tiene vencida a sus
que desde la Independencia azotaba al
llamada "Estatua de la Libert



En la casa del General Flores

El 19 del corriente, como a las d
me hallaba en la casa del Brigadier G
nancio Flores, por llamado del mismo
a los señores don Alberto Flangini y
Errecart. No habían transcurrido veinte
do llegó corriendo, sumamente agitad
del Ministerio de Guerra don Emilio
ciando que, en el cuartel del batallón
en el Fuerte andaban a balazos.

El General preguntó si la autori
posesión de la casa de Policía y conte
Maciel afirmativamente, aquél nos d
caballeros y vamos allá", despachando al
al señor Maciel con recomendaciones a

Tomó el General un revólver de
tiros y una pistola de tirar al blanco
señor Flangini, quien le observó que es
servible. *"No tengo otra"*, replicó aquél.

El señor Errecart y yo nos dirijim
tación de don Segundo Flores, hijo d
busca de armas; el señor Errecart enc
tola, no sé de cuantos tiros; yo no e
para mí.

La partida hacia el Cabildo

Salimos a la puerta. El General y
bieron ambos al coche que había cond
Flangini, quien dirigiéndose al general,
mos a acompañarlo". El general contestó
gos; nada ha de ser ésto. ¡Pobre tierra!,

El coche tenía la delantera o asient
en dirección al Norte; el general Flo
asiento de atrás, el señor Errecart el
quierda; el señor Flangini enfrente del



infrascripto frente al señor Errecart, teniendo a mi derecho la vereda de la casa del general.

El primer tiroteo

Todavía no habíamos partido cuando un pequeño tropel de gente asustada que venía como de la calle de Mercedes o bajando de la calle de la Florida, corría hacia nosotros por la vereda, diciendo: *Ahí vienen! Ahí vienen!* por lo que el señor Errecart y yo corrimos las cortinas, e instantáneamente al grito de *"Mueran los pícaros"*, pude ver, por entre ellas, a quien, como a quince pasos, nos dirigió el primer tiro de revólver, que fue acto continuo seguido de la primer descarga sobre el coche. Confusos todos apresuramos al cochero, que quedó un momnto indeciso, para que marchase cuanto antes, y emprendió a hacer girar los caballos hacia la dirección de donde venían los asesinos, para tomar las calles de Mercedes y Rincón con dirección al Cabildo.

Reconocen al General Flores

Con motivo de esta conversión los agresores, armados de grandes dagas y revólveres, quedaron al frente del coche por unos momentos y pudieron, a su vez, ver en el fondo del coche al general Flores, por lo que una segunda descarga de tiros acompañada de gritos e insultos, no se hizo aguardar, de la que resultó herido en el pescuezo el señor Errecart en el momento de disparar su pistola sobre los agresores, quedando bañado en sangre.

La marcha hacia el Cabildo se hace difícil

El valiente y desgraciado cochero Juan Vega, sin importarle las amenazas e imprecaciones de los bandidos, apuró los caballos cuanto pudo dejando a aquellos atrás. Momentos después el señor Flangini se puso de pie en el asiento dando la espalda al general, sacando medio cuerpo y cabeza fuera de la ventana del frente del carruaje y auxilió así poderosamente a apresurar la marcha del coche, *aun después de muerto Vega un poco más adelante.*

A pesar de estos esfuerzos, pocos metros habíamos andado que, nuevo entorpecimiento en la marcha del coche sobrevino, porque al doblar la calle de la Florida para entrar en la de Mercedes y próximo a la del Rincón, uno o dos hombres se pararon, dagas en manos, frente a los caballos, e hiriendo horriblemente en la nariz a uno de éstos, intimaron al cochero a que parase.

Nuevo tiroteo

Juan Vega continuó sin embargo, pero ya con dificultad y fuimos alcanzados por los bandidos, haciéndonos nuevos tiros, llevándolos desde aquel momento unos a cada costado del coche y otros siguiendo atrás, aproximándose a veces hasta abocarnos los revólveres a quemarropa, pues conservo la levita no sólo agujereada de bala sino chamuscada de la pólvora

El general no perdió un momento su sangre fría y valor habituales. Mientras tuvo carga en el revólver hizo algunos disparos oportunos, aunque mal dirigidos porque, a causa de la posición que ocupaba el señor Errecart en el coche, no podía ver bien a los agresores, tirando sólo cuando, yo que los tenía al frente, anunciaba su aproximación.

El lugar del crimen

De este modo *llegamos hasta tres o cuatro metros antes del almacén del señor Julián Rosende*, en donde desgraciadamente había una carretilla que obstruía la calle cayendo uno de los caballos del coche en este instante, y encontrándonos *sin el cochero que había caído exánime unos veinte metros antes.*

Paró pues el coche; en ese momento no vi a los bandidos a nuestro costado. Supongo que atacaban al valiente mayor don Ignacio Evia que, con ese coraje que todos le conocemos, se había presentado solo y con un látigo al lugar del peligro, tratando de entorpecer la marcha de los asesinos. Ya sea por esa circunstancia o por cualquier otra que ignoro, nos dieron tiempo de abrir la portezuela de la izquierda del coche. Creo que entonces el caballo vivo hizo algún movimiento que arrastró al coche un poco más adelante y se rompió la portezuela abierta al chocar contra la rueda de la carretilla. En seguida descendió el señor Errecart, inmediatamente el general quien tuvo que darse vuelta hacia mi, porque el espacio era estrecho para pasar. Tengo bien presente esta circunstancia, porque conservaré mientras viva una impresión que recibí.

Se consuma la agresión

Al instante que el general *puso el pie en tierra, dio un AY!!* lastimero y en seguida me lanzó una mirada indescriptible que jamás podré olvidar — tanto me ha impresionado! — expresión de amargura y dolor; pronóstico, en fin, de muerte...



Por la posición que ocupaba en ese momento no pude ver bien a los asesinos. Fue entonces que recibió de atrás, por entre las ruedas del coche, la primer puñalada mortal en el costado derecho. En el acto bajé del coche y ya vi *que lo llevaban envuelto y rodeado por los malhechores blandiendo relucientes dagas.* Reinaba en ese momento, sin embargo, entre aquellos delincuentes momentáneo silencio... *¡Lo ultimaban!*

La muerte del General

Por averiguaciones posteriores que he hecho, el infortunado General, tendido en la vereda, quedó con vida algunos minutos y aunque no hablaba recibió auxilios religiosos del presbítero Juan Del Carmen Souverbielle de quien he tenido el relato siguiente: "Que descendiendo accidentalmente por la calle del Juncal, casi al llegar a la del Rincón notó agitación en los vecinos, que cerraban puertas y corrían a la voz de revolución, que pasaron por su lado unos hombres emponchados de aspecto siniestro y a pie, con puñales ensangrentados en la mano y revólver en la otra los que saliendo de la calle del Rincón subían por la del Juncal hacia el Mercado y fueron a encontrarse con dos más de a caballo, por lo que pensando él que un crimen se acababa de cometer, fue involuntariamente atraído al sitio en que halló al general Flores, de quien era amigo y conocido. En tan triste situación se inclinó hacia él, *lo llamé por su nombre y observando que comprendía le pregunté si le reconocía por sacerdote; si se resignaba con su suerte y si perdonaba a sus enemigos;* que recibiendo del general un signo afirmativo procedió a cumplir con los deberes de su ministerio sacerdotal..."

Segundo Flores, hijo del general, el vecino Carlos Cazoux y otros recogieron el cadáver poco después...

Comentario final

Al terminar este relato, dice el testigo, dejo a las consideraciones del lector el lúgubre aspecto que presentaría la calle, sin un transeúnte, con las puertas cerradas en momentos de una revolución y destacándose, de aquel cuadro de muerte, la noble figura del General Flores con la cara al sol, tendido a lo ancho de la puerta del almacén de Rosende, los pies para la calle, bañado en sangre, respirando aún y teniendo por toda compañía de aquella triste soledad, un sacerdote que, al mismo tiempo implora al Eterno, piedad y misericordia para el mártir y *exige y recibe de éste perdón para sus crueles e implacables enemigos.*

•

Tal es el relato de un compañero del caudillo que fue querido y odiado sin términos medios. A pocas horas de su muerte caía también el jefe de la revolución, el jefe de los blancos.

Con su muerte la revuelta contra el gobierno había terminado. Pero el odio y la venganza seguían imperando en todo el territorio nacional.

Ing. Ponciano S. Torrado
(Especial para EL DIA)

NOTA: Los subrayados y el capitulado de la narración del señor Márques son nuestros.



Del pasado heroico

EL MAYORAL

En "Mensajerías Argentinas", título de un magnífico libro escrito por Carlos Jewel, puede leerse: "Se me ha preguntado cuando hoy en los cines vemos películas del lejano Oeste norteamericano con los vaqueros, los indios con plumas y pintados, las diligencias yendo al galope, si se puede compararlas con las mensajerías nuestras. ¡Ay! Todos hemos visto los Western y todos conocemos bien la famosa Wells Fargo y la Pony Express; pero nadie recuerda a Joaquín Fillol, ni a los "iniciadores", ni a los mayorales ni a los pasajeros temerarios".

Estas palabras del notable estudioso argentino pueden encajarse muy bien en la historia de las diligencias nuestras.

El mayoral, desde que empuñó riendas y látigos para cruzar la República en sus cuatro rumbos, ya partiendo de Montevideo, o de Tacuarembó, o de Paysandú, etc., se hizo real institución. Desde la dama que allá, en alguna lejana población del interior, le consultaba sobre la última moda en la capital, hasta el hacendado que por él enviaba dinero; desde el comerciante que le entregaba sus facturas para pagar hasta el caudillo que le confiaba sus notas políticas, todos en él depositaban su más entera confianza. Aparte de esto tenía la responsabilidad del correo y de los giros: las sacas que iban en la baca del rodado llevaban cartas: de negocio, de amor, de dolor, de amistad; el cofre ferrado, los giros y las notas oficiales. Cada giro con su planilla en las que se anotaba el oro: libras, águilas, cóndores, etc., y la plata en grandes y pesadas monedas. Oficios para la Jefatura, para la Junta Administrativa, para la Iglesia.

La llegada de una diligencia a una ciudad o pueblo de tierra adentro, sobre todo cuando su viaje el invierno había retrasado, constituía un espectáculo incomparable. Siempre había un hombre que la esperaba lejos, más allá del ejido. Cuando tal hombre la veía coronar una cuchilla volvía y comunicaba el próximo arribo. En Melo existió uno que era changador; de él nos queda nada más que el apodo: Fachinero. Era alto, barbudo, melenudo. A grandes zancadas atravesaba la calle principal, llegaba a la agencia y luego al correo, donde avisaba: ¡Ahí viene el bicho! Esa frase corría como un reguero de pólvora. En la agencia y en el correo se amontonaba el gentío. Allá estaban los que recogían cartas, oficios y diarios; aquí, los que esperaban carga. Los hoteles y las fondas se movilizaban. Al fin en la boca de la calle principal aparecía la diligencia con sus ocho caballos de tiro y su inmensa carga: un monumento rodante. El cuarteador riendeaba su flete, el mayoral manejaba los látigos. Los muchachos contemplaban absortos el cuadro. Las vecinas asomaban a los balcones, los vecinos saludaban con grandes gritos al mayoral. Algo sensacional, en fin, a pesar que se repetía cada semana. Mayoral y peón se apeaban, muchas veces deshechas las ropas, empapados de pie a cabeza. A aquél casi siempre se le arrimaba una china, la suya, que lo abrazaba amorosamente; a éste, los amigos. Cruzábanse las preguntas y las respuestas...

De los mayorales podríamos contar mil asombrosas historias, ya dramáticas, ya alegres. A uno de éstos, por ejemplo, le tocó llevar en cierto viaje a un inglés. Este inglés, en Melo fue a la agencia de las "Mensagerías Orientales" donde sacó pasaje de retorno. La empresa tenía sus boletos impresos. En ellos se leía, entre otras cosas, hora de salida, cláusula que por lo general no se cumplía. Le pidió al agente anotase la hora y aquél, por poner algo ante la insistencia del míster, escribió: Las cuatro de la mañana. El mayoral, cincuentón —veinte años de vasco y treinta de criollo— resolvió partir a las dos. Llegó al hotel a levantar su pasajero. Y el pasajero comenzó a vestirse con gran calma en tanto encargaba un fuerte desayuno. El vasco, impaciente, se le enfrentó: que cuanto antes salieran antes llegaban, que el tiempo estaba espléndido. El inglés le mostró su pasaje: —Hasta las cuatro no subo, expresó. El vasco se hinchó de ira, llegó a amenazar con dejarlo. El pasajero expresó, flemáticamente: —Usted y yo sabemos lo que tenemos que hacer. Al fin, a las cuatro en punto subió el hombre al pescante.

Allá, luego de cumplir dos postas, claro el día, la diligencia pasó por un bando de avestruces. El inglés sacó una libreta y preguntó al mayoral: —¿Cómo se llaman en criollo estos animales? El mayoral aún cargaba su entripado del retardo; de pésimo humor contestó: —¡Ingleses! El míster, impávido, anotó la palabra. Salidos, después, de la posta de almuerzo, con un buen puchero y un buen carlón entre pecho y espalda, en la primer muda que se hizo prendióse una soberbia tropilla de burros que el vasco disponía para el cruce de una sierra brava. Contento iba éste, bien comido y altamente bebido, disipado ya el rencor que contra el inglés llevaba. En una de esas el mayoral, señalándole los burros le preguntó: —Míster, ¿cómo se llaman en su tierra estos bichos? El inglés contestó: —¡Mayorales! Rió con estruendo el vasco, palmeó la espalda del otro. —Yo te gané un órdago hoy —exclamó— tú me ganaste otro ahora. A mano quedamos, amigo.

Este mismo mayoral, en otro de sus viajes, sufrió una volcada terrible. A tierra los pasajeros en medio de un concierto de ayes y gritos. Uno de los caballos lanceros permaneció caído, lanzando quejidos impresionantes, casi humanos. Cuarteador y mayoral lo contemplaron un instante. El peón murmuró: —Está quebrado, patrón, deshecho, se muere. El vasco dijo: —¡Que no pene, matalo! Y se fue detrás de la diligencia. Cuando volvió el caballo ya estaba degollado. El mayoral rompió a llorar. Con grandes y calladas lágrimas ayudó a enderezar la diligencia, arregló el tiro; subió el pasaje...

Tenemos en nuestra memoria los nombres de muchos mayorales, los dejaríamos aquí, en esta nota. Pero, ¿y los otros? Lo justo sería grabar los de todos ya que todos se igualaron en su desinteresado y heroico trabajo. Creemos, pues, que lo mejor será pensar que hubo un número, grande, de varones extraordinarios; y aunque sus nombres no se sepan, queden sus vidas, todas sus vidas, unidas en el portento de sus hazañas estupendas.

¡Bien haya el actor de "Mensajerías Argentinas" por su libro! Acertado y justicieramente generoso es cuando expresa en él: "En suma, podemos apreciar que las de las Mensajerías es una historia de extraordinarias privaciones, desafíos constantes e invensible coraje. Entiendo que un novelista argentino ha descripto ese cuadro en su obra "El último perro". Salvo esta novela, parece que ningún rastro queda en nuestro recuerdo de esa etapa gloriosa y desesperada de nuestra historia". Etapa gloriosa y desesperada; sacrificada y heroica —agregamos nosotros— y olvidada....

José Monegal

(Especial para EL DIA)
(Dibujo del autor)



FOTO DE EDUARDO COLOMBO

Oh, la paloma...

EXISTE en torno de la paloma un nutrido repertorio poético; tiene prestigio milenario, abolengo litúrgico, raíz genealógica hincada en la Biblia; mito y leyenda; iconografía. Se la reverencia como figuración del Espíritu Santo; se la utiliza por su sentido de orientación que la convierte en un auténtico correo alado; representa en heráldica, la clemencia, la sencillez y la dulzura. Su imagen se repite, desde las más remotas inscripciones de la antigüedad, hasta las postales finiseculares con pensamientos y cintitas en las que asoma portadora de un sobre, sellado con un corazón en vez de lacre; desde los mosaicos de las catacumbas a los adornos de azúcar de las tortas de boda Una larga escala de rangos disímiles, por cierto, la monopoliza, desde el atributo religioso al emblema paradójico de algún ideario político, bien ajeno al seráfico espíritu que ella se arroga.

Nos hemos habituado a asociar su silueta pacífica con los monumentos públicos, a los que se incorporan como parte de los mismos; con la mansedumbre hogareña de los techos viejos; con la estampa brumosa de los campanarios, donde el repicar de las campanas reproduce, cada vez, un repicar de alas alborotadas que al evaporarse los ecos sonoros retoman en seguida su quietud ornamental y arrullante. Son siempre las mismas, desde hace siglos, como las de San Marcos, tan turísticas, celebridades mundiales, confiadas y dóciles, que se prestan para posar en la mano o el hombro del viajero sin cobrarle comisión al fotógrafo. ¿Y quién sería capaz de indiferencia ante el espectacular despliegue de una bandada de palomas que se sueltan juntas, blanco revuelo recortándose en el azul, con toda la cándida viñeta alegórica que el batir de alas, remedo de las angélicas, asume en la ingravidez del aire? Dos palomas que se arrullan: ¡qué enternecedor! Una paloma alimentando a sus pichones: ¡qué maternal! Novios, madres, se sienten conmovidos ante el ejemplo en el cual se ven reflejados, y se identifican con él.

Pero ningún prestigio mayor que el derivado de la literatura universal, de Oriente a Occidente. Poetas de todos los tiempos han recurrido al símil de la paloma, a su albura, a la gracilidad del cuello, a su fidelidad legendaria, como emisaria de la efusión amorosa, por lo blanca, lo casta, lo recatada, lo tímida. "Tus pies son pichones con collares de plata, mensajeros de amor y de muerte", cantaba un anónimo camellero árabe. en las noches estrelladas del desierto, al trote monótono de la caravana. Y la misma Condesa de Noailles emparienta su canto con el zureo sin edad: *"Depuis combien de siècles prépariez vous, colombes, / le pur roucoulement que les dieux m'ont donné?"* ¿Cuál poeta no ha incurrido en apresarla en algún poema, en alguna estrofa?

Porque la paloma es todo eso, sí. Y la nimba una aureola cándida, pacífica, blanca, casta. Nadie negaría la simpática alianza del niño dándole miguitas, en un entendimiento de doble inocencia

Pero, oh la paloma, de cerca y encima del propio techo... No nos gusta destruir los mitos, pero ella destruyó el nuestro. Porque, sobre nuestra cabeza, descubrimos la otra personalidad. Tejas rotas prueban que son dañinas las aves de la paz. Zureos escandalosos despertándonos con sobresalto, nos enseñan que el suave arrullo es una metáfora. Plantas destrozadas a picotazos evidencian que son voraces. Según versión de una amiga ilustre, si la paloma que soltó Noe volvió al arca con una ramita de olivo, era porque debía tener en la punta una aceituna para comérsela.

Los nidos bajo el alero son cosa romántica, si el alero es ajeno y las tejas rotas son las del vecino. Pero se burlan de nuestra impotencia, saben que somos incapaces de matarlas. Cuando alguna ha caído herida al jardín, ha seguido su camino renguеando, flanqueada cortésmente por dos amistosos cockers spaniels incapaces de amenazarla siquiera. Cuando sentimos ganas de retorcerles el pesccezo —y no es el cisne "de engañoso plumaje" contra el cual reaccionaba González Martínez, en postrimerías del Modernismo— nos arrepentimos bajo el peso abrumador de siglos de literatura y fama que nos echan en cara el instinto sanguinario. Y buchonas y orondas prosiguen su tarea destructiva, al amparo arribista de un halo místico que las hace invulnerables. Adoramos los perros, los caballos, los gatos, los pájaros, y siempre tuvimos un menudo zoológico en torno de nosotros desde la infancia. En él entraba la imagen ingenua de la paloma. Porque aun no habíamos experimentado el despertar barullento, ni habíamos descubierto sobre los libros la gotera insidiosa hija de la famosa teja rota. Hoy tenemos motivos muy personales de resentimiento contra la emplumada enemiga. Y todos somos culpables. Pocos son los niños que no hayan ido de la mano de sus abuelos a alimentar a las lindas palomitas de los parques. Y cuando pensamos que quizás las que hoy hospedamos bien en contra de nuestra voluntad bajo los tejados pueden ser descendientes de aquellas otras a las que dábamos de comer, habitantes del palomar de la Plaza de Zabala, renegamos del gesto samaritano.

Pero siempre existirán composiciones escolares que comiencen diciendo: "¡Oh, la paloma...!"

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)



crónicas europeas:

EL MONOCRATA

TODO empezó con Lenin. El fue quien otorgó a la dictadura una dignidad de izquierda. Desde Lenin fue ya posible hermanar los conceptos de dictadura y de revolución que antaño parecían antagónicos. De Lenin descienden Mussolini, Hitler y la progenie numerosa que han dado en los cinco continentes hasta Papadopulos, el último, surgido en Grecia, país del que se viene repitiendo que fue la madre de la democracia, siendo así que lo fue aún más de la monocracia, como decía Bolívar, y que viene a ser lo que hoy solemos llamar dictadura.

Todas las monocracias presentan un rasgo común: su subjetividad. En una democracia liberal, a cada vuelta del camino, los ciudadanos se tienen que plantear esta pregunta: ¿Qué hay que hacer? En una dictadura, lo que la gente se pregunta es ¿qué va a hacer él? Esta subjetividad no depende de que el monócrata sea bueno o malo. Va inherente en el ser mismo de la monocracia.

El arquetipo del monócrata moderno es el General de Gaulle. Ni aun sus enemigos más acerbos dudan de su desinterés, no ya material sino político. Ambicioso tiene que serlo por la naturaleza de las cosas, que de otro modo no estaría donde está; pero la manera cómo logró dictar sus condiciones a la Cuarta República, yéndose a su casa de campo volviendo la espalda mientras la República se decidía — todo aquel proceso constituyó un drama de alto y claro estilo, que además se reveló como la mejor estrategia para apoderarse de una nación libre.

De Gaulle subió al poder dos veces y en ambos casos, de modo irreprochable. La primera vez, creó él de su propia substancia el poder que iba a ejercer en nombre de Francia; y esta fuerza creadora es la que le hizo lo que sigue siendo: muerto Churchill, la figura histórica de mayor relieve hoy; fuerza creadora que es también el factor más fuerte entre los que le permitieron conquistar el poder por segunda vez por medios de fuerza moral y, también por fuerza moral, conservarlo.

De Gaulle es, pues, un monócrata que ha preferido gobernar con el consenso general de los gobernados, o sea, de acuerdo con la opinión pública. Pero, con todo, dictador: es decir, hombre que, por naturaleza, exige que se haga su voluntad. Por lo tanto, habrá de ser la opinión pública la que se doblegue a su opinión personal, y no vice versa; propósito casi inasequible, pero que no obstante, ha logrado realizar bastante bien, apoyándose en el fondo común de ideas, tradiciones y hasta prejuicios que comparte con la mayoría de sus compatriotas. De este modo, ha conseguido reerguir a Francia otrora abatida e iluminarle otra vez los ojos.

Pero la naturaleza tiene sus leyes; de modo que el camino ascendente que ha elevado a de Gaulle a la cumbre del poder en su país ha llegado a su término. Subir más ya no puede, porque ya no quiere. En él, querer y poder es todo uno. No puede querer subir más, porque para subir más tendría que elevarse de la cumbre de Francia a la cumbre de Europa; y De Gaulle no es europeo. Sólo es francés. Le pasa lo que al otro grande hombre de nuestro tiempo, Churchill, que tampoco fue europeo, sino sólo inglés.

Gracias a su destreza, orgullo y fuerza de voluntad, De Gaulle puede conquistar a Francia. Pero, allende esta victoria, ¿qué le aguardaba sino la derrota? Toda nación es un campo de fuerzas irracionales. Pero en el mundo de las naciones, no hay otro camino para la conquista de la opinión pública que la razón; porque entre irracionalidades diversas, sólo la razón es árbitro. En su país, el General pudo fundar una monocracia sobre un consenso de irracionalidades francesas; pero allende las fronteras de Francia, esta base se le tenía que evaporar.

Ocurre, sin embargo, que este grande hombre posee — o le posee — una voluntad demasiado vigorosa para avenirse a la razón. Su voluntad manda sobre su intelecto, de modo que cuando ella ha decretado que NO, tanto él como su ministro de Estado tienen que echarse a buscar los argumentos en qué apoyar ese NO, que es lo que importa. ¿Y de dónde vendrá este NO que no ha menester razones? No han faltado críticos del Presidente francés que lo achaquen a resentimiento por lo mal que lo trataron durante la gran guerra Roosevelt y aun Churchill. No parece plausible la explicación, por tratarse de un hombre que tantas pruebas ha dado de magnanimidad. Más probable es que su actitud tenga raíces históricas en la secular rivalidad entre Francia e Inglaterra como potencias imperiales; y más seguro aun que la mejor explicación del NO la dará un examen concreto de sus motivos y argumentos tal y como él mismo los alega.

•

La actitud del General de Gaulle para con la Gran Bretaña y el Mercado Común es puramente irracional. Los argumentos varían, pero la orientación sigue constante. En su primer veto famoso de enero del 63, el Presidente francés descubre que Inglaterra es una isla, siendo así que ya no hay tal isla desde que Blériot cruzó el Canal de la Mancha en un aeroplano. Luego alegó que si Inglaterra entrara en la Comunidad Europea, funcionaría en ella como instrumento de los Estados Unidos. Pero, puesto que de todos modos Inglaterra está en Europa, el grado en que pueda actuar en ella de instrumento de los Estados Unidos dependerá de su propia independencia para con ellos; de modo que una Inglaterra confederada con Europa sería mucho menos instrumento de los Estados Unidos que una Inglaterra suelta. Este argumento, pues, carece de valor.

Después se hizo valer que la situación económica y financiera de Inglaterra era tan floja que no convenía su entrada. Pero si se tiene en cuenta la solidaridad inevitable y ya existente y estrecha de todas las naciones europeas, es evidente que lo que a todas conviene es que entre Inglaterra para entre todas resolverle el problema económico-financiero. Olvidando que este argumento se fundaba en la debilidad inglesa, el General De Gaulle dice entonces que la entrada de un país tan fuerte como Inglaterra acarrearía desperfectos en la estructura y funcionamiento de la Mancomunidad. Aquí ya parece asomar algo que revelaría la causa oculta de un veto tan tenaz; o sea que, una vez dentro Inglaterra y el grupo nórdico que con ella ingresaría, la hegemonía francesa dentro de la Mancomunidad habría terminado. Pero el argumento revela que De Gaulle no ve la Mancomunidad como una fase hacia Europa confederada; pues de lo contrario, como lo prevé el Tratado de Roma, toda nación tendrá que formar parte de la Mancomunidad sea cualesquiera las consecuencia. Así, pues, este argumento no sólo carece de valor sino que revela en quien lo presenta muy poco o ningún espíritu europeista.

•

Los fines no parecen ser menos irracionales que los argumentos. Si de relaciones con los Estados Unidos se trata, bien se echa de ver que, el día de mañana, una Europa unida hallaría en una Inglaterra federada excelente y oportuno puente para empalmar con el gran país ánglico de ultramar, en toda la gama de asuntos, pero sobre todo en lo concerniente a esa defensa de la invasión financiera norteamericana que tanto preocupa al General De Gaulle. Mucho se insiste sobre el temor de que Inglaterra sea instrumento de los Estados Unidos en Europa, olvidando que más pudiera ser instrumento de Europa en los Estados Unidos. Otro tanto ocurre con el juego de la alta política internacional. Si Europa no se constituye entera, formando una potencia continental a escala con los Estados Unidos y la Unión Soviética, las naciones europeas sueltas, incluso Francia, no serán jamás sino meros peones del ajedrez de la política mundial, que no harán historia sino que se tendrán que tragar la que les den ya hecha. Ahora bien, Europa no logrará federarse hasta incorporar a la Gran Bretaña que es la que le ha de aportar el impulso definitivo a tal fin. Y por último, el objetivo más valioso para De Gaulle, el prestigio y la gloria de Francia, se malogrará, porque la gloria de Francia está en su inteligencia, hecha de claridad y de razón, mientras que la política actual que está haciendo zozobra en la confusión y en la irracionalidad.

Hasta cierto punto, cabe pensar que el gran presidente francés es víctima de su propia genialidad, de un modo muy concreto que recuerda a Lenin. Ambos dotados por la naturaleza de una voluntad excepcional, lograron gracias a este don realizar el uno la revolución bolchevique y el otro la resurrección de Francia medio muerta por Hitler. Pero, ya realizadas sus respectivas hazañas, y cuando hubiera sido necesario un cambio de estilo hacia una actitud más abierta y moderada, la voluntad excesiva no permitió ni al uno ni al otro acomodarse a los tiempos; y esta inadaptación expone al fracaso final para ambos el éxito mismo de sus hazañas primeras. — (ALA).

Londres.

Salvador de Madariaga

(Exclusivo para EL DIA)

La Provenza, una y múltiple

Cuando imaginamos la Provenza o la recordamos, las primeras figuras que se nos presentan son de tarjeta postal en colores. Sobre un azul sin tacha se yergue un ciprés verde. La casona vecina tiene el mismo amarillo yema de huevo que el aromo, y la tierra tiene arreboles de sol poniente. Todo lo cual indica que nuestro conocimiento suele componerse de tópicos elementales.

Repetimos que en Provenza no llueve nunca y en Bretaña siempre, y que toda Normandía es un prado verde. Es verdad que las rocas del Esterel son de púrpura y que en parte alguna el cielo es más azul cuando se le antoja. Pero yo tengo en los ojos paisajes descoloridos bajo el solo de julio. Un cielo palidísimo, una tierra desteñida, casas lívidas, tejas de oro mate y el gris de plata nueva de los olivos.

"Sólo el matiz", habría dicho Verlaine. No cabe duda que es muy raro no hallar en el campo de la mirada — por poco que el sol se anime — algún ciprés erguido junto a una masía en medio de tierras perfumadas. Pero he hallado en mi camino, en Sillans-la-Cascade, un rincón de Normandía, con su gran prado de alta hierba, un gran prado bajo rodeado de árboles, pero ni un ciprés, ni un olivo.

La Provenza es una por sus privilegios: clemencia del tiempo, dulzura de vivir, filosofía sonriente de sus habitantes. Es múltiple por sus aspectos. Abordarlos todos exigiría páginas y más páginas. Oponer simplemente la Provenza del litoral a la del interior sería demasiado simple y el pequeño circuito siguiente permitirá apreciar el encanto de esta región.

Es difícil figurarnos un viaje de descubrimiento por el interior de Provenza sin pasar por su bella capital: Aix-en-Provence, la dulce ciudad.

De Aix a Saint Maximin el recorrido es muy conocido: abre la ruta de la Costa Azul y Saint-Maximin merece que nos detengamos para visitar su magnífica basílica.

Luego viene Barjols, donde la vegetación es viva como las aguas de los arroyos. Es uno de esos pueblos provenzales en los que nos gustaría quedarnos para siempre, mirando su plaza y su bonita fuente cubierta de musgo.

De Barjols a Salerne la carretera general corre por el flanco de las colinas entre pinares y olivares. Altos olivos retorcidos, de troncos descarnados, pero con penachos de plata fina, como viejos señores muy ricos. En Salernes hay la misma plaza pública y los mismos plátanos frondosos. Es también la hora del almuerzo en Salernes, y la ciudad se enorgullece de un restaurante que merece ser visto. Su salón está instalado en antiguas caballerizas de proporciones imponentes, con gruesas vigas y arcos de piedra.

Después del almuerzo, la ruta recobra sus fueros y brinda un hermoso recorrido bastante accidentado hasta Draguignan. Luego vienen las gargantas de Chateau-Double. excavadas entre dos mesetas calcáreas que llevan a Montferrat.

Pasado Montferrat se nos ofrece otro aspecto de Provenza: tras el verdor de las colinas, tras los matorrales, tras los pinos y los olivos, tras la tierra roja de bauxita, he aquí los Plans de Pronvence, calcáreos, deséricos. Por último atravesamos Comps, Comps, la misma puerta de las gargantas del Verdón. Del Balcón de la Mescla contemplamos desde unos 300 metros de altura la confluencia del Verdón y del Artuby Un puente cruza el cañón con su arco prodigioso, único, de 110 metros de porte.

Y la carretera va subiendo hasta el túnel del Fayet a 450 metros por sobre el torrente brindando una serie de imágenes grandiosas. En algunos puntos el cañón llega a 700 metros de profundidad y el Verdón, allá abajo, parece una estrecha cinta verdosa. La ruta baja poco a poco a través de campos de espliego, alejándose del torrente... que cruzamos, por último, en la llanura, por un pintoresco y viejo puente de piedra con curiosos espolones. Llegamos entonces a Moustiers-Sainte-Marie que también tiene su plazuela y su fuente, y sus arcadas que juegan a negro y blanco con el sol, y sus cortinas de perlas en las puertas. Pero todo esto a flanco de roca, a caballo sobre la hondonada que sirve de lecho al Rioul turbulento. Moustiers-Sainte-Marie es una excelente etapa de noche. Hay allí riquísimos cangrejos y el amanecer es maravilloso.

Después de Moustiers la carretera contornea la montaña pelada que la domina, se eleva rápidamente hasta el collado de Segriés, marcado por tres curvas cerradísimas y desciende el vallecillo de Colostre. Riez, a donde no tardamos en llegar, se eleva en el centro de una meseta qu lleva su nombre. Ceñida por el bulevar que la rodea como una muralla, ha conservado dos puertas fortificadas.

Dando la vuelta a Riez llegaremos ahora a Manosque por Valensole, a través de una región pintoresca y salvaje. Valensole se yergue sobre una colina y merece ser visto. La carretera que corre ahora entre almendros, viñas y campos de espliego, cruza el Durance, atraviesa la llanura y nos lleva a Manosque, tan amada por Giono, con su Puerta Saunerie, viejas calles y su plaza del Terreau a la que se llega por una doble rampa. De Manosque hasta Apt el camino es cautivador. Apt tiene una antigua catedral de estilo románico con partes góticas. Una de sus criptas es del siglo VIII. Después, la carretera sinuosa y pintoresca atraviesa la montaña del Luberon, por Lourmarin, cuyo castillo, color de aurora, es del siglo XV, y llegamos por fin a Aix-en-Provence. Aix y sus aguas vivas, sus plátanos, sus viejas mansiones y el recuerdo de su rey René, Aix, la más provenzal de las ciudades de Provenza y que la resume entera.

Jean Claude Pedron

(Exclusivo para EL DIA)



LAS GARGANTAS DE VERDON



PUERTA SOUBEYRAN EN MANOSQUE



FUENTE DE ALBERTOS, EN AIX-EN-PROVENCE



FUENTE DE S. LOUIS

El Mundo en el Libro

por WRIOTHESLEY



JUANA DE IBARBOUROU

ANTOLOGIA

Selección y Prólogo de DORA ISELLA RUSSELL

MONTEVIDEO 1967

• **ANTOLOGIA — por Juana de Ibarbourou. Vol. 123 de la Colección de Clásicos Uruguayos — Biblioteca Artigas. Selección y prólogo de Dora Isella Russell. 150 págs. Montevideo, 1967.**

Cúmplenos tan sólo señalar la incorporación de este volumen a la nómina de autores nacionales que auspicia el Ministerio de Cultura. Con el Nº 42 habían aparecido anteriormente, Las lenguas de diamante. *Esta nueva Antología de Juana de Ibarbourou, reúne poemas de casi todos sus libros, y siete inéditos. No nos cabe señalar si hubo acierto o no en la selección presentada; pero repetimos las palabras con que se cierra el prólogo: "Y camine por el mundo esta* Antología, *conviértase en emisaria de una mujer gloriosa que vive entre nosotros, y reverencien los espíritus encumbrados de nuestra lengua, el mensaje vivo y perdurable de esta Juana, privilegio del Uruguay, que sigue creando y cantando como en la juventud, para ennoblecer la poesía de su patria y de su continente".*

D. I. R.

• **POESIAS ESCOGIDAS — por Antonio Machado. Selección de F. C. Sainz de Robles. Colec. "Crisol". Ed. Aguilar, Madrid, 1967. 277 págs. Distribuye: Aguilar Uruguaya S. A., Andes 1406.**

El recóndito poeta sevillano de la gran generación española del 98, compañero de eternidad de Juan Ramón y de Valle-Inclán, el poeta intimista, delicado, sutilísimo, gravemente melancólico, transparente y profundo, vuelve entero a través de una cuidadosa selección que no omite nada de su poesía esencial, en una colección que se ha acreditado por la calidad de sus títulos y su tamaño manuable. Ahora añade el encanto de un formato nuevo y una unidad de encuadernación que resulta atractiva para los coleccionistas, y que encuadra adecuadamente la escogencia de cien títulos de autores universales reeditados de esta nueva manera. Nunca podremos escapar de la seducción del libro bien presentado, y el nuevo "Crisol" satisface esas exigencias del lector que no sólo desea textos cuidados, porque la lectura siempre es más grata cuando contenido y continente armonizan. El placer estético se logra así cabalmente. No es del caso comentar como novedad, la poesía de Antonio Machado, de prestigio imperecedero en nuestra lengua, cara al corazón y a la inteligencia, porque en ella convergen las dos vertientes de la sensibilidad y la reflexión de un espíritu exquisito y contemplativo, indagador de pánicos misterios, en procura de aprehender la evanescente respuesta de la vida.



• **INTERPRETACION DEL URUGUAY — por Gastón Figueira. Separata del Journal of Inter-American Studies, Univ. de Miami, Coral Gables, Fla.**

En breves páginas, Figueira traza una ajustada síntesis de nuestra realidad social, política e intelectual, logrando un resumen inteligente y razonado del panorama actual del país.

• **CUENTOS FANTASTICOS — por Alejandro von der Heyde. 4ª Serie. Buenos Aires, 1967. 208 págs. Distribuye: Indiana Libros, Soriano 1140.**

El autor continúa la línea de relatos alucinantes que le ha ganado numerosos lectores. Su experiencia de viajero le permite aprovechar datos, referencias geográficas, sucesos o leyendas que integran la materia de sus cuentos, en los que abunda, básicamente, el elemento sobrenatural, el suspenso, la intriga obtenida con recursos fantásticos. Si no configuran una literatura de gran jerarquía, están, empero, bien logrados, bien escritos, y brindarán a los gustadores del género escalofriante, ratos de agradable entretenimiento.

• **LA PALABRA PERDIDA. — Por Gilberto Mendonça Teles. Ed. Equinoccio, Montevideo, 1967. 89 págs. Selección y traducción de Gastón Figueira. Distribuye: Barreiro y Ramos S. A.**

Con los temas siempre buscados por los poetas para convertir la inquietud y el conflicto individual, en motivo universal, este fino y profundo poeta brasileño — muy fielmente vertido al castellano por Gastón Figueira — consigue una expresión depurada, preocupada por el hombre, eje del mundo, sobre el cual influyen todas las emociones y toda la soledad, la turbación del tiempo y la angustia inevitable de vivir para morir. Poesía plena de intimidades, de recato, de delicadeza, logra la comunicación sensible y la temperatura cordial que establecen un nexo entre el poema y el lector.







• **NOVELAS CORTAS Y DE LA VIDA DE NUESTROS ANIMALES III tomos. por Horacio Quiroga. Ed. Arca, Montevideo, 1967.**

Estos volúmenes abarcan obras inéditas y desconocidas de Quiroga, y presentan el interés de ofrecer un aspecto diferente de su creación más divulgada. Los dos volúmenes de novelas cortas (1908-10 y 1911-13) están prologados por Noé Jitrik, con Notas de Jorge Ruffinelli; el tercero, por Mercedes Ramírez de Rossiello, y Notas de Ruffinelli. En el primer caso, se reúnen seis folletines apreciados, cinco de ellos en **Caras y Caretas**, y uno, en **Fray Mocho**. Representan un momento de transición en la labor de Horacio Quiroga, entre el modernismo inicial y su posterior y definitivo enfrentamiento con los grandes y dramáticos temas de sus cuentos misioneros. En cuanto al tercer volumen, brinda la peculiar literatura para niños de Quiroga, publicada en su casi totalidad en revistas, como **Mundo Argentino**, **Billiken** y la citada **Caras y Caretas**. Los materiales aquí recogidos, amplían el conocimiento de una personalidad compleja, difícil de total comprensión, pues surge siempre un matiz desconocido que ahonda la densa, recia y trascendente obra de un autor uruguayo que está ofreciendo todavía nuevos aspectos por descubrir.



POESIA ARABE

SOBRE EL SILENCIO

No preguntes al mendigo que te pide limosna
No preguntes a la mujer que pronuncia palabras de amor mientras dormía.
No contestes al que insulte a tu enemigo.
No digas nunca: "¡Qué silencio!"; di: "No se oye nada".

NEDJE

Para las tres doncellas que habían paseado por mi jardín cortara yo tres rosas.
La maliciosa Nedjé llegó y me dijo:
—Has cortado tres rosas... Ven a mostrarme en tu jardín aquella que es tu preferida y que no darías a persona alguna.
Al descuido, le alcancé un espejo.

PUÑALES

El que brilla al alegre sol de las batallas.
El del asesino, de sangre mohoso.
¡Y la mirada de la Bien Amada!

SU NOMBRE

Si quieres saber el nombre de aquella a quien más he amado, trata de recordar el nombre de aquella que más me hizo sufrir.
Si la memoria te traiciona o si no has conocido a esa mujer, pon tus labios como para dar un beso: su nombre se pronuncia así!

de EL JARDIN DE LAS CARICIAS

Tarzan

Por Edgar Rice Burroughs

TENGO QUE LLEGAR A ESOS DOS.

EN CUANTO LLEGUEN A TIERRA PELIGRARAN.

ESTA SELVA ES TAN DENSA Y TRAICIONERA QUE NO TARDARAN EN VERSE AMENAZADOS.













OFERTAS TRIUNFALES en Soler

señoras

VESTIDO en poplinet manga corta detalle botones dorados $ 990

VESTIDO en algodón a lunares de la línea Fabiola $ 750

SHORT clásico detalle de tapita variedad de colores $ 330

VISO en nylon detalle de florcitas terminado con valenciana $ 145

hombres

PANTALON en Super Drill muy práctico modelo vaquero $ 295

CAMISAS manga larga diseños exclusivos telas de gran calidad $ 495

PANTALON Lavi-Listo variedad de tonos de última moda $ 795

GABAN "Cavanah's" totalmente forrado finísima confección $ 1390

tejidos

ALGODON y rústicos de hilo estampados de gran colorido ancho 0.90 $ 95

ZEPHIR Acrocel ideal para su práctica prenda sport ancho 0.90 $ 135

ALPACA Vichy de gran aceptación, diversos tonos ancho 0.90 $ 139

SHETLAND y Espigados "Cotons" en delicados colores ancho 0.90 $ 159

mercería

BOLSOS plastificados en colores lisos o combinados al precio de $ 225

COLONIA para baño Carol II en frascos de 1/2 litro $ 135

CHAL en lana fantasía con detalles de hilo de metal $ 320

PAÑUELOS para cuello en seda estampada medida muy amplia $ 295

niños

VESTIDO para niña en hilo rústico, brillantes colores todo talle $ 295

SHORT vaquero con cinto y hebilla variedad de colores todo talle $ 235

PARA JOVENCITA: Conjuntos de pollera y chaqueta, short y camisola, vestidos en Acrocel al precio único de $ 990

TRAJECITO pantalón y casaca en Super Drill para varón talle 4/12 desde $ 250

blanco

JUEGO de baño en delicados motivos. 4 piezas $ 495

VOILE marquisette liso, ancho 1.50 $ 89 50

TOALLA de calidad en 3 tonos, medidas amplias $ 180

LAVALCLORO estampado en diseños y colores mod. ancho 1.30 $ 165

Soler tiene! Soler conviene!

AGUADA CENTRO CORDON UNION